



Prólogo

Cuando hace un par de años las remesas de los latinoamericanos que trabajaban fuera de sus países superaron la enorme cifra de 60.000 millones de dólares en un año, nos hacíamos una muy sencilla reflexión sobre cómo el "egoísmo" y la humana lucha por el interés propio iban aliadas a la "solidaridad", más generosa y conmovedora. Esos trabajadores en EE. UU. o en Europa trabajaban duramente y exigían "egoístamente" que les pagaran más la hora de su trabajo cuidando ancianos o sirviendo de mesoneros en un restaurante. El secreto de ese "egoísmo" y lucha por el interés propio es una admirable solidaridad, pues cada dólar adicional que consigue se transfigura en el rostro de su mamá en el Ecuador que lo recibirá para mejorar su vivienda o en la emoción de sus hijos en El Salvador que podrán comprar los útiles para ir a la escuela.

Sin esa solidaridad familiar profunda no tiene sentido el "yo" que se sacrifica y lucha por el interés propio, sabiendo que es la condición para dar vida a los suyos. Sin ese "nosotros" en el que circula la gratuidad entre padres, hijos y hermanos, pierden fuerza y sentido los increíbles trabajos y privaciones que asumen los humanos para que los suyos tengan vida. Esto es verdad hoy y lo fue hace decenas de miles de años, cuando el hombre arriesgaba su vida detrás del jabalí para "maximizar la ganancia" en la cacería y así llevar comida a los suyos. El "egoísmo altruista" tiene pleno sentido frente al "egoísmo egoísta". Aquel se afirma a sí



mismo afirmando a los otros; éste al excluir a los otros, a la larga arremete contra sí mismo.

Pero los "suyos" se van ampliando en círculos concéntricos y el "nosotros" abarca (aunque de manera análoga, no unívoca) a personas que no pertenecen a la familia más cercana. También incluyo como "nosotros" a los parientes, a los de la aldea, a los de mi ciudad o país. Hoy sentimos la necesidad de ser ciudadanos del mundo y sentirnos "nosotros" con personas de otros países, culturas y religiones; incluso con aquellos que todavía no han nacido pero a quienes queremos dejar un hábitat vivible y una convivencia humana con reconocimiento mutuo y en paz. Por eso nos duelen las matanzas de Ruanda, los hambrientos de Somalia o los que carecen de libertad en Corea del Norte, o los discriminados en las calles de París y Nueva York. Aunque no los hayamos visto nunca, somos solidarios con ellos. En la consideración de "nosotros" están el amor y la solidaridad y la convicción vital de que no hay un yo realizado sin un "nos-otros" que incluye a los "otros" y a "nos". Pero hay también otro aspecto solidario que viene del interés propio bien informado: si a ellos les va mal, a la larga a mi me irá mal. Esto se ve claro en ejemplos históricos impresionantes. Los que hace siglo y medio en Europa, en lo más crudo del enfrentamiento obreropatronal se pensaba que al burgués le iba mejor cuanto menos pagara al trabajador y más larga y dura fuera la jornada. Las sociedades burguesas necesitarán tiempo y pasar por terribles experiencias, luchas sociales y espantosas guerras mundiales, para entender que el bienestar de los trabajadores es una bendición para toda la sociedad y la miseria de aquellos es amenaza y ruina para todos. También es verdad esta realidad vista desde el otro lado: si hoy en Europa no hubiere empresarios exitosos, la



miseria de los trabajadores de empresas fracasadas y cerradas sería espantosa. Lo mismo se puede decir de la relación de Francia y Alemania como naciones: cuando fueron a tres guerras que dejaron millones de muertos y destruyeron sus países, pensaba el francés que para él lo mejor era la derrota, ruina y miseria de Alemania y viceversa. Hoy saben que necesitan el éxito mutuo y que lo van a conseguir juntos. Para mí es una alegría presentar este libro de José Antonio Gil Yepes, donde se recoge el sentir de la abrumadora mayoría de los venezolanos que dicen preferir una sociedad, que el autor razonadamente llama "centro democrática", no tanto porque está en el centro entre dos extremismos rechazados –el de la libertad extrema y la igualdad extrema–, sino porque es una sociedad que entiende que no puede haber libertad duradera ni igualdad, sin que ambos estén en relación dialéctica; son dos dimensiones humanas irreductibles y al mismo tiempo contrarias entre sí, se niegan y se afirman al mismo tiempo. La condición humana, constitutiva por dimensiones egoísta y solidaria, es un dato antropológico.

La sociedad humana y sus instituciones son creaciones humanas que se diferencian y que evolucionan en la historia buscando formas superiores y más humanas. Si los constructores de la política o de la economía pretenden construir una realidad exitosa basada en un solo polo dialéctico, violan el condicionamiento humano y más pronto que tarde la sociedad termina en fracaso. El arte de la política sabia está en combinar y potenciar ambos factores: igualdad de oportunidades para la libertad de todos "nosotros" y libertad creativa que desea la vida digna de todos y promueve instituciones y oportunidades para que se haga realidad.



Una de las cosas más interesantes de este libro es que los análisis teóricos del autor con referencias a otros autores no eclipsan el sentir de los venezolanos expresado en encuestas desde 2002 al 2008. Son años de especial bombardeo en el sentido de que la milenaria solidaridad es socialista y de que el interés propio es neoliberalismo, o las posiciones extremas que creen que para afirmar la libertad de uno hay que negar las oportunidades de vida digna a los demás. Afortunadamente no es eso lo que afirma el sentido común de la mayoría venezolana y están a la vista las dolorosas pruebas

del fracaso de las construcciones sociales unidimensionales y reductivas. La centro democracia de José Antonio Gil Yepes pone en términos explícitos la necesidad de buscar soluciones a la problemática de la sociedad contemporánea integrando principios que, con demasiada frecuencia, son presentados por políticos, economistas y pensadores sociales como irreconciliables.

Así, se ofrece socialismo opuesto al capitalismo, autocracia enfrentada a la democracia, hegemonía versus tolerancia y pluralismo, y hasta la lucha de pobres contra ricos, o de revolucionarios contra democráticos. En un plano más abstracto, es común que se ofrezca libertad versus orden social, propiedad versus igualdad y pluralismo versus la integración de la sociedad. En el plano religioso se presenta la razón contra la fe. Según Gil Yepes, este enfoque dilemático-excluyente de ofertas políticofilosóficas no se corresponde con la experiencia de las sociedades que ofrecen mayor calidad de vida, estabilidad y paz social. En estos casos de éxito, más bien se observa que esos principios de organización de la sociedad conforman verdaderas diádas. Es decir, que la libertad y el orden, la



propiedad y la igualdad o el pluralismo y la integración social son dos partes de un todo inseparable: no puede existir un principio de cada día sin el opuesto. De allí que, Gil Yepes, al igual que otros analistas, entre los cuales me cuento, planteamos que las respuestas a las problemáticas sociales se encuentran en dosificar y conciliar los dos principios de cada uno de estos pares para hacerlos complementarios.

En las crisis se ven con claridad cosas obvias que la bonanza hace olvidar. Hace ya tiempo que las tragedias de la Primera Guerra Mundial, el triunfo del comunismo soviético y del fascismo, la Gran Depresión de 1929 y el inmenso matadero humano de la Segunda Guerra Mundial dejaron en evidencia la necesidad de integrar los principios de organización social presentados como excluyentes y autosuficientes cada uno. Pero la historia demostró que el mercado, sin controles ni contrapesos, lleva al desastre social, y que el estatismo omnipotente ahoga la economía y la vida humana.

Pero la estupidez y el egoísmo humano son recurrentes y vuelven a los fracasados "neoliberalismo" económico o estatismo comunista como ideologías que desfiguran la realidad y engañan con promesas imposibles. Por ejemplo, es desorientador que algunos norteamericanos propongan a otros países fórmulas neoliberales que ellos no practican, pues saben que el capitalismo, sin marco jurídico y una sólida institucionalidad, termina en guerra social. Esto explica que cada vez que ocurre un desastre, como la crisis financiera de finales de 2008, hasta los más liberales apoyan las masivas intervenciones y subsidios estatales. De la misma manera y en el polo opuesto, se pueden pintar con la lengua socialismos paradisíacos, pero el hecho es



que no hay economía exitosa posible sin un sistema que estimule la iniciativa y la productividad y sin un mecanismo práctico y eficiente de fijación de precios de intercambio, pero sólo con eso no hay sociedades humanas exitosas. Para el logro del bienestar general es decisiva una política con responsabilidad ética de los actores, instituciones fuertes y leyes comunes para todos; la falta de ellas es clave en los graves daños a cientos de millones de personas que han ocasionado el capitalismo sin reglas y el socialismo con demasiadas reglas. Otro simplismo más, es eso de que "ahora se acaba el capitalismo". Aquí viene a cuento lo dicho por Juan Pablo II en 1991, en su encíclica social *Centesimus Annus*:

Si por capitalismo se entiende un sistema económico que reconoce el papel fundamental positivo de la empresa, del mercado, de la propiedad privada y de la consiguiente responsabilidad sobre los medios de producción de la libre creatividad humana en el sector de la economía, la respuesta es ciertamente positiva. Pero, "si por capitalismo se entiende un sistema en el cual la libertad en el ámbito económico no está encuadrada en un sólido contexto jurídico que la ponga al servicio de la libertad humana integral y la considere como una particular dimensión de la misma, cuyo centro sea ético y religioso, entonces la respuesta es absolutamente negativa. (*Centesimus Annus*, N° 42)

El capitalismo se ha expandido, se expande, se autocorrigue y logra subsistir por lo que afirma el Papa como positivo, pero está en crisis y necesidad de cambio por los aspectos negativos que señala.

La democracia como el mercado son mecanismos buenos si se hace buen uso de ellos, pero se convierten en dictaduras



opresoras si el poder (en la economía o en la política), se concentra en unos pocos, sin controles ni contrapesos sociales. Contra eso hay que fortalecer la libre participación productiva (educación, oficio, inversión, iniciativa empresarial...) y ciudadana (participación política, información, participación cívica, descentralización...) de los que hoy no son sujetos del mercado y están excluidos del poder político. Para que millones de latinoamericanos puedan acceder al mercado con posibilidades de éxito, se requieren políticas públicas decididas que fortalezcan su productividad económica y su participación política.

Muestras del costo humano de la falta de ética es el deplorable estado de la democracia venezolana y del mercado financiero mundial.

Hoy los falsos dioses campean, por el lado del mercado, en el consumismo, individualismo excluyente o el pansexualismo cultural, y también en el debate político donde las pasiones han entronizado el odio, la calumnia y el aniquilamiento moral del adversario. El "otro" por el mero hecho de ser distinto, debe ser destruido moral y físicamente. Sin embargo, la gente intuye que ahí no hay vida y en silencio grita ¡Basta ya! Trascendiendo diferencias políticas, los venezolanos quieren reconciliación y reencuentro, para, juntos, lograr dignidad. Necesitamos profundos cambios socioeconómicos para la justicia social y libertades con productividad elevada. La imposición colectivista y el capitalismo individualista son caminos fracasados.

¿Qué hacer ahora para evitar el autoritarismo contra la voluntad democrática

de la gran mayoría de los venezolanos?



Podemos empezar a buscar partiendo del principio de que la sabiduría no es sólo para conocer la verdad, sino también para aprender a hacer el bien con la verdad conocida; es decir, que el conocimiento correcto no lleva automáticamente a hacer el bien. No es sólo una idea religiosa de San Pablo y de otros pensadores no cristianos aquello de que "no hago aquello que quiero, sino que hago lo que no quiero"(Rom. 7, 15), "Yo soy capaz de querer el bien, pero no de realizarlo" (Rom. 7, 18), sino que es una evidencia empírica la dinámica destructiva en la sociedad actual más "avanzada" y llena de conocimientos. El avance de la razón y el mal son compatibles y con frecuencia avanzan formando poderosas alianzas. También es una evidencia la capacidad humana de autoengaño y de destrucción. Las ciencias positivas y la razón no llevan en sí mismas el saber hacer el bien, ni la voluntad de hacerlo. Sirven para matar y también para defender la vida, y no depende de ellas mismas su aplicación para lo uno o lo otro. El discernimiento y el para qué los ponen las personas, su sentido de vida y su querer; pero pareciera imponerse un mundo donde se suprimen las preguntas sobre esas dimensiones vitales.

Hoy, ante un mundo moderno y postmoderno poco justo y razonable, aunque con desarrollos instrumentales que parecieran ser muy capaces de lograr la justicia y la convivencia, nos preguntamos por qué no las logra. No se puede defender que el mal sólo es causado por la ignorancia, ni que toda persona ilustrada siempre hará el bien. Lamentablemente esta promesa-profecía del iluminismo de los días de la Revolución Francesa, luego de dos siglos de predominio de la razón, no resiste un examen de sus resultados. La razón instrumental positivista desarrolla una ciencia y tecnología maravillosas, que



constitutivamente se prestan como instrumentos al servicio de la humanización. Pero, si la mente humana y la sociedad absolutizan la condición relativa de la razón, reducen a hombres y mujeres a instrumentos sin fin en sí mismos, sino para los intereses de los demás.

¿Qué razón positivista nos explicará que el "yo" no puede encontrarse, sino saliendo de sí y perdiéndose en el otro para hallarse en el "nos-otros"?

Como metodología del cambio para encontrar el nosotros, para construir la justicia, tenemos que comprender dos cosas. En el plano social, los privilegiados no ceden porque sean denunciados sus atropellos, sino porque los sometidos toman conciencia, se organizan y desarrollan más su propio poder.

A partir de un equilibrio de fuerzas sociales organizadas es que los poderosos entienden. Valga la referencia para el caso actual venezolano.

En el plano individual, para encontrarse a uno mismo y su realización, es necesario abrirse a los otros, en el "nos-otros". Esta no es simplemente una verdad cristiana para los cristianos, sino una revelación de la condición humana de toda persona en la que nos encontramos con lo más humano-divino de nosotros dentro de nosotros mismos. Es el mensaje interior de la llamada conciencia, "uso de razón" o ley natural.

Nuestros valores reconocen que, por el mero hecho de ser humano (no por la fuerza, riqueza o belleza que se tenga) nadie es éticamente simple instrumento de otro; cada uno tiene en sí mismo un fin trascendente y no subordinado como medio. Es importante recalcarlo en una cultura en la que "cuanto tienes, tanto vales"; o en sistemas políticos en



los que las personas sólo son valoradas como fichas al servicio del poderoso.

Es una mentira antropológica, que se transmite e inculca en la sociedad por todos los medios, según la cual los humanos somos unidimensionalmente individualistas y sólo nos gusta lo que es más cómodo y exige menos esfuerzo.

Muchos quieren hacer demagogia con la juventud halagando sus instintos. Es una verdad aparente, y en todo caso una media verdad. Pero, si ahondamos un poco, aparece el misterio humano en toda su grandeza y aventura: para encontrarnos a nosotros mismos, tenemos que salir de nosotros y entregarnos. Así, cuando encontramos algo o alguien que da sentido a nuestra vida, cualquier sacrificio se vuelve insignificante con tal de lograrlo.

Tal vez este misterio de la condición humana es más visible y elocuente en el amor de la madre por el hijo recién nacido: ella está dispuesta a cualquier sacrificio e incluso a perder su vida para que el hijo viva. Esa realidad se extiende a otras dimensiones de la vida en forma de solidaridad gratuita con otros, como hemos dicho antes. Los seres humanos empiezan a ser humanos, cuando descubren que su felicidad pasa por hacer feliz a otras personas. Las personas tenemos dos dimensiones irreductibles y que parecen contradictorias: el interés propio que cobra todo y la gratuidad que lo entrega todo a quienes quiere. Negar la una o la otra es negar la vida, el progreso y la civilización en paz y convivencia.

En términos de Gil Yepes, en este libro, esta dualidad entre el interés propio y la generosidad conforman otra diada más, que se presenta como reto para buscar la convivencia



de los intereses del "yo" y del "otro", principios –a primera vista– opuestos pero que sólo alcanzan su realización cuando se integran en "nosotros".

Esta realidad antropológica, un tanto misteriosa, se extiende a todas las dimensiones de la vida. Cuando veo en la universidad los sacrificios que hacen los estudiantes que forman parte del grupo de teatro, o los que voluntariamente trabajan en la formación de los jóvenes de Antímano y otros barrios, tengo la seguridad de que no lo harían si se les mandara; lo hacen porque les gusta, porque crean algo nuevo que da sentido a sus vidas.

Nuestra responsabilidad de cristianos –y de los no cristianos, si queremos ser humanos– implica una actitud opuesta a la de Caín ¿acaso yo soy guardián de mi hermano? Por el contrario, responsabilidad es hacerse hermano del otro, del herido, como aparece en la parábola del buen samaritano en el evangelio, agregando que es la única manera que tenemos de ganar nuestra vida. Es decir, aquí hay una verdad espiritual y antropológica: no se encuentra el "yo" sin salir hacia el "nosotros".

En una antropología y espiritualidad individualistas no parece pertinente ni siquiera la pregunta sobre la sociedad y los excluidos de ella. Eso es asunto de ellos. Una antropología subyace a la práctica económica y política de cualquier sociedad. Si es individualista, no hay razones para tomar en serio las privaciones de los otros. Nuestra antropología es solidaria, como el samaritano, y al mismo tiempo, personalista; es decir, que valora al máximo la responsabilidad y creatividad individual de cada uno. Caín está en nosotros y también el buen samaritano. El individualismo hedonista y utilitarista está ahí, pero



también la generosidad, el salir de uno mismo para dar la vida a otros; el hacernos a nosotros mismos con otros.

La humanidad (y la persona) que sólo domina con eficacia, sin la gratuidad que reconoce al otro y se realiza con él, siempre termina produciendo monstruos, miseria y guerras.

Esa semilla de la solidaridad (existimos por otros y nos realizamos con otros) hay que cultivarla y se hace a partir de la gratuidad del Dios-amor y la gratuidad de los padres hacia los hijos como experiencia primera. La solidaridad, como gratuidad y reconocimiento del otro y en el otro, debe ser cultivada en la educación y ampliada al país y al mundo con un nuevo sentido de ciudadanía universal.

Tenemos que trascender, sin negar la motivación individualista del éxito personal y comunicar la antropología y la espiritualidad, que llevan a vivir la responsabilidad social como algo alegre y deseado que da sentido a nuestra vida y no como un deber regañón. No se trata de inculcar la absurda idea de que el ser humano no debe buscar su propio bien y éxito profesional, sino ayudar a descubrir que su felicidad pasa también por la felicidad del "otro", el yo se encuentra en el "nosotros" y para encontrarse hay que vivir la aventura de salir fuera de uno mismo.

Si el compromiso social es meramente un deber ser heterónimo, una obligación que nos imponen de fuera como es el caso del estatismo impuesto por el partido comunista único, termina en el fracaso. Por el contrario, la solidaridad y la construcción de instituciones públicas requiere motivación, convencimiento personal y visión del desarrollo del país con un desarrollo individual que incluye y afirma a los otros. Nosotros hemos dicho repetidamente en la universidad que no queremos formar profesionales



exitosos para países fracasados, sino que la búsqueda del éxito propio debe abrir puertas al éxito de los demás.

En ese salir de sí mismo por convencimiento y voluntad propia para encontrarse a sí en el otro está lo teónimo, Dios-amor que no es ajeno sino que lo encontramos como invitación en el fondo más profundo de nuestro ser, que es más "yo" que yo mismo y nos invita a ser más, saliendo al encuentro con el otro para ser "nosotros".

En Venezuela vivimos momentos muy especiales en los que el análisis político, económico y social deben ir acompañados de un avivamiento ético y renovación de las convicciones. No estamos solos ante problemas técnicos, sino ante la necesidad de movilizar la creatividad inclusiva de los venezolanos para hacer una sociedad muy superior a la dolorosa situación que vivimos con exclusiones sociales, económicas y políticas.

Luis Ugalde, s.j.